



El caballero que no quería luchar





Leo era un gentil caballero
de la cabeza a los pies.
Mientras a otros caballeros les gustaba luchar,
él prefería sentarse con un libro a disfrutar.

Con todo el mundo
era amable
y hasta a las moscas
dejaba en paz.





Y así cuando sus padres le decían:
“¡Los caballeros deben Luchar!”,
él no entendía a qué venía tanto afán.



Una mañana los padres de Leo
se sentaron dispuestos a hablar.
Les parecía muy bien eso de leer,
pero para *algo más* se tenía que preparar.

Y le enseñaron un anuncio
espectacular del periódico local.
¡Se buscaba domador para un dragón!
Pero a Leo no le pareció tan genial.

–Ya verás lo mucho que te divertirás,
lo cual no te viene nada mal.
Y por si acaso es fiero el dragón,
aquí tienes un equipamiento fenomenal.



Leo se llevó unos bocadillos.
(Y, cómo no, una pila de libros.)
Luego, con un suspiro, montó a lomos
de su fiel caballo Amigo.



Apenas habían avanzado,
pero el sol ya estaba muy elevado.
De repente, una terrible criatura
desde el cielo cayó en picado.



Tenía alas de águila,
pero cuerpo de león.
—¡Un grifo! —exclamó Leo maravillado—,
sobre ellos he leído un montón.



— Ven aquí —rugió el grifo—,
contigo quiero luchar.
— Casi mejor que no —contestó Leo—.
No creo que sea buena idea pelear.



—Llevo una espada recién comprada,
así que tengo las de ganar.
Pero ¿qué tal una historia impactante
en la que *tú* salgas sin parar?

—¡Sí, por favor! —el grifo asintió.
(Era bastante vanidoso además).



Entonces Leo le leyó aquel libro
una vez, dos, y otra más.



—Toma, quédalo —dijo Leo
mientras preparaba su montura.
—¡Muchas gracias! —exclamó el grifo—,
y su noble cabeza inclinó con finura.



Leo cabalgó durante horas
bajo un sol sofocante...
hasta que por fin se detuvo a almorzar
junto a un arroyo muy relajante.



—¿Quién se atreve a cruzar mi puente? —
preguntó un trol hambriento y gruñón.
—Hola, soy yo —se presentó Leo—,
¿te apetece probar mi bocadillo de jamón?





El trol se echó a reír.

–No, gracias –gruñó–,
creo que te comeré a TI mejor.

Pero Leo dijo:

– Hum, tragarte mi armadura
puede ser un error.

Pero si esperas un instante
te puedo leer un libro muy interesante,
lleno de cabras deliciosas y de trols como tú.

¿A que es una idea brillante?

–No suena nada mal –contestó el trol.



Y mientras Leo leía aquella historia con pasión
(adaptándola a la situación)
de su apetito se olvidó
aquel trol tan glotón.

—Toma, quédatelo —Leo le ofreció,
mientras preparaba su montura.
—¡Muchas gracias! —el trol exclamó—
y su cabezón inclinó con finura.



Aquella tarde larga y calurosa,
Leo siguió cabalgando más solo que la una,
hasta que al fin llegó a una aldea
tan vacía como la luna.



Las hojas de los árboles estaban quemadas,
y las flores y la hierba, negras como el tizón.
Y allí donde mirara
Leo solo veía... caca de dragón.
Vio caras asomadas a las ventanas,
en las que se leía el miedo a salir.



Leo avanzó con valor mientras le decían:

—¡Cuidado, aún tienes tiempo de huir!

Y, entonces, al girar por una calle,

Leo casi se tropezó con un ENORME y dormido dragón,
que en un instante se despertó.



Sorprendido, el dragón lo miró:

—¡Oh, no! otro caballero que viene a molestar.

—No te preocupes —Leo le contestó—, que no estoy aquí para luchar.

Tengo un libro alucinante lleno de miles de dragones impresionantes.

—Pero lo haré desaparecer, si este desastre no te pones a recoger.



—¡No, por favor! —gritó el dragón—, ahora mismo me pondré a limpiar. Pero, la verdad, no sé muy bien cómo empezar. ¡Quizá tú me podrías enseñar!



Así, gracias a Leo, aquel dragón aprendió a barrer, a recoger y ordenar. Y, uno por uno, los habitantes de aquel lugar el miedo empezaron a olvidar.

—¿Puedes leerme ahora mi cuento?
—le suplicó el dragón de rodillas.

Hasta seis veces se lo tuvo que leer.
(Un dragón es difícil de satisfacer).



—Toma, quédatelo —Leo le ofreció, mientras preparaba su montura.
—¡Muchas gracias! —el dragón exclamó—,
y su escamosa cabeza inclinó con finura.

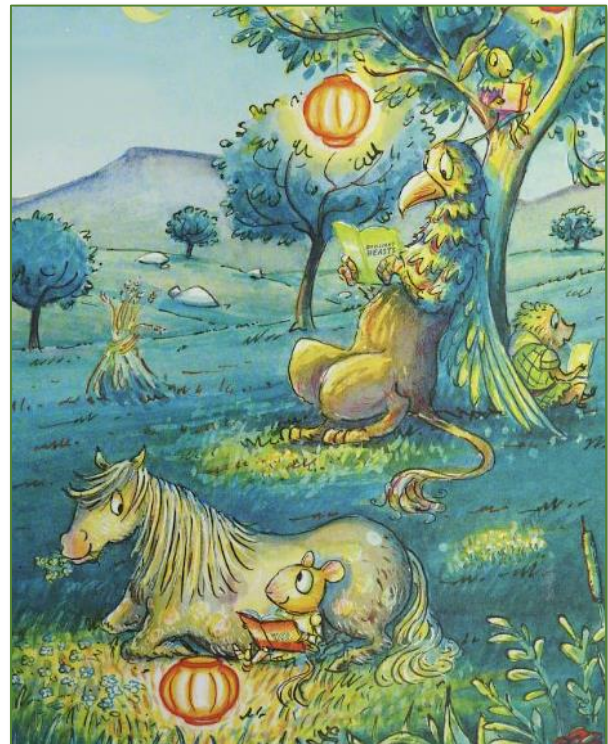
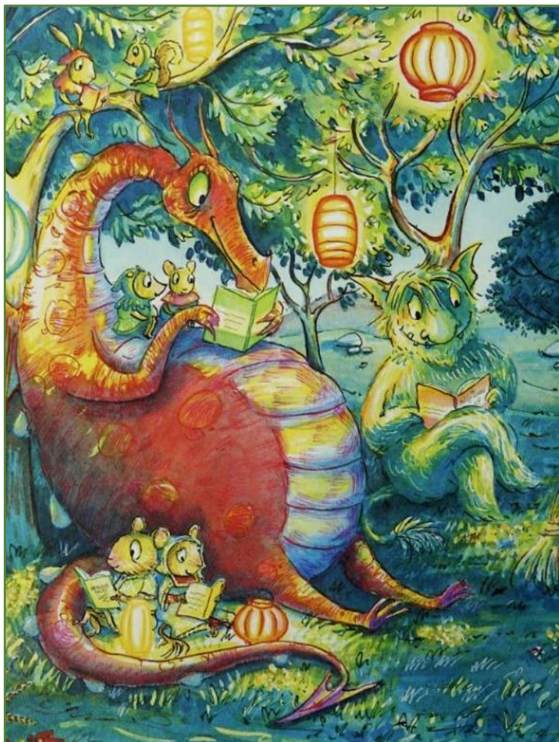


Cuando Leo por fin a su palacio regresó, fue aclamado con emoción.
Sus padres lo abrazaron con mucho amor.
—¡Qué bien! ¡Nos has llenado de satisfacción!





Como Leo ahora es un héroe,
sus padres no le insisten más... ..en aquello de luchar
y por fin le dejan leer en paz.



Helen Docherty
El caballero que no quería luchar
Maeva Ediciones, 2017